

## Identidad del cristiano laico

### Arq. Emma Del Socorro Loza Jiménez

Uno de los mayores dramas que vive el hombre de hoy es la pérdida de su propia identidad. Es el precio que pagamos frente a un mundo tecnificado, un mundo que cada vez ensancha más sus fronteras económicas, políticas y religiosas. Nosotros, los laicos que hacemos una opción por el Señor, también participamos de esta crisis de identidad. Por eso es importante reflexionar seriamente sobre lo que nos define frente al mundo y lo que nos califica frente a los demás, y esto no es otra cosa que ser seguidores de Jesús.

El texto bíblico que probablemente mejor recapitula lo sustancial de la comunidad cristiana y, en ella, la identidad del hombre y de la mujer laicos, así como la vocación a la que estamos llamados, es el que se refiere a la vida de la primera comunidad cristiana: «Todos ellos perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno. Alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo. Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes».

En este «sumario» de los Hechos de los Apóstoles se ofrecen los rasgos del cristianismo, así como el nacimiento y consolidación de una vocación laical. Así aparecen la llamada por iniciativa gratuita del Señor, la atención a las enseñanzas de los Apóstoles, el aspecto comunitario de la fe, la fuerza de su testimonio, el espíritu de servicio y solidaridad con los más necesitados; la necesidad permanente de formación y la dimensión orante y celebrativa de la existencia cristiana.

La vocación laical es vocación cristiana. El laico es un bautizado, un miembro del Pueblo de Dios, un cristiano capaz de ahondar en la realidad cotidiana, en la apertura al mundo con actitud contemplativa, para saber leer los acontecimientos y descubrir en cada momento y en cada situación lo que el Señor nos pide.

Nuestra misión es común con los sacerdotes, pero diferencial. Desde una «Iglesia de Comunión» todos somos necesarios y nadie puede abdicar de su responsabilidad. La participación y colaboración de los laicos no es una estrategia motivada por la disminución de «efectivos» en el clero, sino una exigencia ineludible de su compromiso bautismal. Los laicos son la Iglesia y sin ellos no puede cumplir adecuadamente su misión.

### **Espiritualidad de los laicos**

El Concilio Vaticano II precisó que la espiritualidad del laico proviene del Bautismo (espiritualidad y santidad del bautizado), porque nace de la consagración bautismal, se renueva en la Palabra y en los Sacramentos, se alimenta en la oración personal y comunitaria, y en la experiencia de solidaridad. Es la espiritualidad de los hijos de Dios que se vive como fraternidad, y la transformación personal por la acción del Espíritu Santo para vivir la nueva vida en Cristo.

Por lo tanto, la presencia del laico en el mundo no ha de consistir solamente en una colaboración humana para que la sociedad sea más justa; ha de ser también medio de encuentro con el Señor, lugar de contemplación de Dios que hace avanzar su Reino en la

historia. Aquí radica la posibilidad de realizar una lectura creyente de la realidad, de descubrir en los claroscuros del presente las semillas del Reino de Dios y de orar, en fin, desde el corazón de la realidad secular.

Seguir a Jesús desde nuestra condición laica, en las actuales situaciones de miseria, pobreza e injusticia que vive el mundo, nos exige:

- Un cambio de actitud, es decir, una conversión del corazón, de mentalidad y de práctica cristiana.
- Pasar de una religiosidad sociológica, basada en conceptos y doctrinas, a una fe personal y existencial.
- Pasar de una religiosidad ritualista y sacramentalista a una vivencia más auténtica del Evangelio.
- Pasar de una fe individualista a una fe comunitaria, comprometida preferentemente con los sectores populares y empobrecidos.
- Una postura de rechazo y denuncia de la injusticia: hacer un corte radical con toda violencia, injusticia, corrupción, opresión, mentira y violación de los derechos humanos.
- Comprometerse en la transformación de la realidad económica, social, político cultural, religiosa, personal y familiar.
- Formar parte de un grupo, de una comunidad eclesial concreta. Vivir la esperanza y la alegría en medio de los conflictos, se puede solamente desde una profunda experiencia personal y comunitaria del Espíritu, realizada en la comunión eclesial y abierta a la Iglesia universal.